

A MI, TAN luego, hablarme del finado Francisco Real. Yo lo conocí, y eso que éstos no eran sus barrios porque el sabíatallarmásbienporelNorte,poresoslaosdelalaguna de Guadalupe y la Batería. Arriba de tres veces no lo traté, yésasenunamismanoche,peroesnochequenosemeolvidará, como que en ella vino la Lujanera porque sí a dormir en mi rancho y Rosendo Juárez dejó, para no volver, el Arroyo. A ustedes, claro que les falta la debida esperiencia para reconocerésenombre,peroRosendoJuárezelPegador,erade los que pisaban más fuerte por Villa Santa Rita.

Mozo acreditao para el cuchillo, era uno de los hombres de donNicolásParedes,queeraunodeloshombresdeMorel.Sabía llegar de lo más paquete al quilombo, en un oscuro, con las prendas de plata; los hombres y los perros lo respetaban y las chinas también; nadie inoraba que estaba debiendo dos muertes; usaba un chambergo alto, de ala finita, sobre la melena grasíenta; la suerte lo mimaba, como quien dice. Los mozosdelaVillalecopiábamoshastaelmododeescupir.Sin embargo, una noche nos ilustró la verdadera condicion de Rosendo.

Parececuento,perolahistoriadeesanocherarísima empezó por un placero insolente de ruedas coloradas, lleno hasta el tope de hombres, que iba a los barquinazos por esos callejonesdebarroduro,entreloshornosdeladrillosylos huecos, y dos de negro, dele guitarriar y aturdir, y el del pescante que les tiraba un fustazo a los perros sueltos que se le atravesaban al moro, y un emponchado iba silencioso en elmedio,yéseeraelCorralerodetantasmentas,yelhombre ibaapeliaryamatar.Lanocheeraunabendicióndetanfresca; dos de ellos iban sobre la capota volcada, como si la soledá juera un corso.

Ese jue el primer sucedido de tantos que hubo, pero recién después lo supimos. Los muchachos estábamos dende tempraño en el salón de Julia, que era un galpón de chapas de cinc, entreelcaminodeGaunayelMaldonado.Eraunlocalqueusté lo divisaba de lejos, por la luz que mandaba a la redonda el farolsinvergüenza,yporelbarullotambién.LaJulia,aunque de humilde color, era de lo más conciente y formal, así que no faltaban músicantes, güen beberaje y compañeras resistentes pal baile. Pero la Lujanera, que era lamujer de Rosendo, las sobraba lejos a todas. Se murió, señor, y digo que hay años en que ni pienso en ella, pero había que verla en sus días, con esos ojos. Verla, no daba sueño.

La caña, la milonga, el hembraje, una condescendientemalapalabradebocadeRosendo,unapalmada suya en el montón que yo trataba de sentir como una amistá: la cosa es que yo estaba lo más feliz. Me tocó una compañera muy seguidora, que iba como adivinándome la intención. El tangohacíasuvoluntáconnosotrosynosarriabaynosperdía y nos ordenaba y nos volvía a encontrar.

Enesadiversionestabanloshombres,lomismoqueenunsueño, cuando de golpe me pareció crecida la música, y era que ya seentreverabaconellaladelosguitarrerosdelcoche,cada vezmáscercano.Después,labrisaquelatrajotiróporotro rumbo, y volví a atender a mi cuerpo y al de la companera y a las conversaciones del baile. Al rato largo llamaron a la puertaconautoridá,ungolpeyunavoz.Enseguidaunsilencio general, una pechada poderosa a la puerta y elhombre estaba adentro. El hombre era parecido a la voz.

Para nosotros no era todavía Francisco Real, pero sí un tipo alto, fornido, trajeado enteramente de negro, y una chalina de un color como bayo, echada sobre el hombro. La cara recuerdo que era aindiada, esquinada.

Me golpeó la hoja de la puerta al abrirse. De puro atolondradomelejuiencimayleencajélazurdaenlafacha, mientrasconladerechasacabaelcuchillofilosoquecargaba en la sisa del chaleco, junto al sobaco izquierdo. Poco iba a durarme la atropellada. El hombre, para afirmarse, estiró los brazos y me hizo a un lado, como despidiéndose de un estorbo.

Me dejó agachado detrás, todavía con la mano abajo del saco, sobreelarmainservible.Siguiócomositalcosa,adelante. Siguió, siempre más alto que cualquiera de los que iba desapartando, siempre como sin ver. Los primeros —puro italianajemirón—seabrieroncomoabanico,apurados.Lacosa no duró. En el montón siguiente ya estaba el Inglés esperándolo, y antes de sentir en el hombro la mano del forastero, se le durmió con un planazo que tenía listo. Jue ver ése planazo y jue venírsele ya todos al humo.

El establecimiento tenía más de muchas varas de fondo, y lo arriaron como un cristo, casi de punta a punta, a pechadas, a silbidos y a salivazos. Primero le tiraron trompadas, después,alverqueniseatajabalosgolpes,purascachetadas amanoabiertaoconelflecoinofensivodelaschalinas,como riéndose de él. También, como reservándolo pa Rosendo, que no se había movido para eso de la paré del fondo, en la que hacíaespaldas,callado.Pitabaconapurosucigarrillo,como siyaentendieraloquevimosclarodespués.ElCorralerofue empujado hasta él, firme y ensangrentado, con ése viento de chamuchinapifiadoradetrás.Silbando,chicoteado,escupido, reciénhablócuandoseenfrentóconRosendo.Entonceslomiró y se despejo la cara con el antebrazo y dijo estas cosas:

—Yo soy Francisco Real, un hombre del Norte. Yo soy Francisco Real, que le dicen el Corralero. Yo les he consentido a estos infelices que me alzaran la mano, porque lo que estoy buscando es un hombre.

Andan por ahí unos bolaceros diciendo que en estos andurriales hay uno que tiene mentas de cuchillero , y de malo , y que le dicen el Pegador. Quiero encontrarlo pa que meenseñe a mi,que soy naides, loque es un hombre decoraje y de vista.

Dijo esas cosas y no le quitó los ojos de encima. Ahoralerelucíauncuchillónenlamanoderecha,queenfija lohabíatraídoenlamanga.Alrededorsehabíanidoabriendo losqueempujaron,ytodoslosmirábamosalosdos,enungran silencio.Hastalajetadelmilatociegoquetocabaelviolín, acataba ese rumbo.

En eso, oigo que se desplazaban atrás, y me veo en elmarcodelapuertaseisosietehombres,queseríanlabarra del Corralero. El más viejo, un hombre apaisanado, curtido, de bigote entrecano, se adelantó para quedarse como encandilado por tanto hembraje y tanta luz, y se descubrió conrespeto.Losotrosvigilaban,listosparadentraratallar si el juego no era limpio.

¿Qué le pasaba mientras tanto a Rosendo, que no lo sacaba pisotiando a ese balaquero? Seguía callado, sin alzarle los ojos. El cigarro no sé si lo escupió o si se le cayó de la cara. Al fin pudo acertar con unas palabras, pero tandespacioquealosdelaotrapuntadelsalónnonosalcanzo loquedijo.VolvióFranciscoRealadesafiarloyélanegarse. Entonces,elmásmuchachodelosforasterossilbó.LaLujanera lo miró aborreciéndolo y se abrió paso con la crencha en la espalda,entreelcarrerajeylaschinas,ysejueasuhombre y le metió la mano en el pecho y le sacó el cuchillo desenvainado y se lo dió con estas palabras:

—Rosendo, creo que lo estarás precisando.

A la altura del techo había una especie de ventana alargada que miraba al arroyo. Con las dos manos recibió Rosendo el cuchillo y lo filió como si no lo reconociera. Se empinó de golpehaciaatrásyvolóelcuchilloderechoyfueaperderse ajuera, en el Maldonado. Yo sentí como un frio.

—De asco no te carneo —dijo el otro, y alzó, para castigarlo, la mano. Entonces la Lujanera se le prendió y le echó los brazos al cuello y lo miró con esos ojos y le dijo con ira:

—Dejaloaése,quenoshizocreerqueeraunhombre. FranciscoRealsequedóperplejounespacioyluegolaabrazó comoparasiempreylesgritóalosmusicantesquelemetieran tangoymilongayalosdemásdeladiversión,quebailaramos. La milonga corrió como un incendio de punta a punta. Real bailaba muy grave, pero sin ninguna luz, ya pudiéndola.

Llegaron a la puerta y grito:

—¡Vayan abriendo cancha, señores, que la llevo dormida!

Dijo, y salieron sien con sien, como en la marejada del tango, como si los perdiera el tango.

Debíponermecoloraodevergüenza.Díunasvueltitas con alguna mujer y la planté de golpe. Inventé que era por elcaloryporlaapreturayjuiorillandolaparéhastasalir. Linda la noche, ¿para quien? A la vuelta del callejón estaba el placero, con el par de guitarras derechas en el asiento, como cristianos. Dentre a amargarme de que las descuidaran así, como si ni pa recoger changangos sirviéramos. Me dió corajedesentirquenoéramosnaides.Unmanotónamiclavel de atrás de la oreja y lo tiré a un charquito y me quedé un espaciomirándolo,comoparanopensarenmásnada.Yohubiera querido estar de una vez en el día siguiente, yo me quería salirdeesanoche.Eneso,mepegaronuncodazoquejuecasi un alivio. Era Rosendo, que se escurría solo del barrio.

—Vos siempre has de servir de estorbo, pendejo —me rezongó al pasar, no sé si para desahogarse, o ajeno. Agarró el lado más oscuro, el del Maldonado; no lo volví a ver más.

Me quedé mirando esas cosas de toda la vida —cielo hastadecirbasta,elarroyoqueseemperrabasoloahíabajo, uncaballodormido,elcallejóndetierra,loshornos—ypensé queyoeraapenasotroyuyodeesasorillas,criadoentrelas floresdesapoylasosamentas.¿Queibaasalirdeesabasura sino nosotros, gritones pero blandos para el castigo, boca y atropellada no más? Sentí después que no, que el barrio cuanto más aporriao, más obligación de ser guapo.

¿Basura?Lamilongadéleloquiar,ydélebochinchar en las casas, y traía olor a madreselvas el viento. Linda al ñudo la noche. Había de estrellas como para marearse mirándolas,unaencimadeotras.Yoforcejiabaporsentirque a mí no me representaba nada el asunto, pero la cobardía de Rosendo y el coraje insufrible del forastero no me querían dejar.Hastadeunamujerparaesanochesehabíapodidoaviar elhombrealto.Paraesayparamuchas,pensé,ytalvezpara todas, porque la Lujanera era cosa seria. Sabe Dios qué lado agarraron.Muylejosnopodíanestar.Alomejoryaseestaban empleando los dos, en cualesquier cuneta.

Cuando alcancé a volver, seguía como si tal cosa el bailongo.

Haciéndome el chiquito, me entreveré en el montón, y vi que alguno de los nuestros había rajado y que los norteros tangueabanjuntoconlosdemás.Codazosyencontronesnohabía, pero si recelo y decencia. La música parecia dormilona, las mujeresquetangueabanconlosdelNorte,nodecíanestaboca es mía.

Yo esperaba algo, pero no lo que sucedió.

Ajuera oimos una mujer que lloraba y después la voz que ya conocíamos, pero serena, casi demasiado serena, como si ya no juera de alguien, diciéndole:

—Entrá, m'hija —y luego otro llanto. Luego la voz como si empezara a desesperarse.

—¡Abrítedigo,abrígauchaarrastrada,abrí,perra! —se abrió en eso la puerta tembleque, y entró la Lujanera, sola. Entró mandada, como si viniera arreándola alguno.

—La está mandando un ánima —dijo el Inglés.

—Un muerto, amigo —dijo entonces el Corralero. El rostro era como de borracho. Entró, y en la cancha que le abrimostodos,comoantes,dióunospasosmarcados—alto,sin ver— y se fue al suelo de una vez, como poste. Uno de los que vinieronconél,loacostódeespaldasyleacomodóelponchito de almohada. Esos ausilios lo ensuciaron de sangre. Vimos entonces que traiba una herida juerte en el pecho;la sangre le encharcaba y ennegrecia un lengue punzó que antes no le oservé, porque lo tapó la chalina. Para la primera cura, una de las mujeres trujo caña y unos trapos quemados.

Elhombrenoestabaparaesplicar.LaLujaneralomirabacomo perdida,conlosbrazoscolgando.Todosestabanpreguntándose con la cara y ella consiguió hablar. Dijo que luego de salir con el Corralero, se jueron a un campito, y que en eso cae un desconocido y lo llama como desesperado a pelear y le infiere esa puñalada y que ella jura que no sabe quién es y que no es Rosendo. ¿Ouién le iba a creer?

El hombre a nuestros pies se moría. Yo pensé que no le había temblado el pulso al que lo arregló. El hombre, sin embargo,eraduro.Cuandogolpeó,laJuliahabíaestaocebando unosmatesyelmatedióIavueltaredondayvolvíoamimano, antes que falleciera. “Tápenme la cara”, dijo despacio, cuando no pudo más. Sólo le quedaba el orgullo y no iba a consentirquelecuriosearanlosvisajesdelaagonía.Alguien le puso encima el chambergo negro, que era de copa altísima. Se murió abajo del chambergo, sin queja. Cuando el pecho acostado dejó de subir y bajar, se animaron a descubrirlo. Tenía ese aire fatigado de los difuntos; era de los hombres de más coraje que hubo en aquel entonces, dende la Batería hasta el Sur; en cuanto lo supe muerto y sin habla, le perdí el odio.

—Para morir no se precisa más que estar vivo —dijo una del montón, y otra, pensativa también:

—Tanta soberbia el hombre, y no sirve más que pa juntar moscas.

Entonces los norteros jueron diciéndose un cosa despacio y dos a un tiempo la repitieron juerte después.

—Lo mató la mujer.

Unolegritoenlacarasieraella,ytodoslacercaron. Ya me olvidé que tenía que prudenciar y me les atravesé como luz. De atolondrado, casi pelo el fiyingo. Sentí que muchos me miraban, para no decir todos. Dije como con sorna:

—Fijensén en las manos de esa mujer. ¿Que pulso ni que corazón va a tener para clavar una puñalada?

Añadí, medio desganado de guapo:

—¿Quién iba a soñar que el finao, que asegún dicen, eramaloensubarrio,jueraaconcluirdeunamaneratanbruta y en un lugar tan enteramente muerto como éste, ande no pasa nada,cuandonocaealgunodeajueraparadistrairnosyqueda para la escupida después?

El cuero no le pidió biaba a ninguno.

Enesoibacreciendoenlasoledáunruidodejinetes. Era la policía. Quien más, quien menos, todos tendrían su razón para no buscar ese trato, porque determinaron que lo mejor era traspasar el muerto al arroyo. Recordarán ustedes aquellaventanaalargadaporlaquepasóenunbrilloelpuñal. Por ahí paso después el hombre de negro. Lo levantaron entre muchos y de cuantos centavos y cuanta zoncera tenía lo aligeraronesasmanosyalgunolehachóundedopararefalarle el anillo. Aprovechadores, señor, que así se le animaban a un pobre dijunto indefenso, después que lo arregló otro más hombre.Unenviónyelaguatorrentosaysufridaselollevó. Paraquenosobrenadara,nosesilearrancaronlasvísceras, porque preferí no mirar. El de bigote gris no me quitaba los ojos.

La Lujanera aprovechó el apuro para salir.

Cuando echaron su vistazo los de la ley, el baile estabamedioanimado.Elciegodelviolínlesabíasacarunas habaneras de las que ya no se oyen. Ajuera estaba queriendo clariar.Unospostesdeñandubaysobreunalomadaestabancomo sueltos,porquelosalambradosfinitosnosedejabandivisar tan temprano.

Yo me fui tranquilo a mi rancho, que estaba a unas tres cuadras. Ardía en la ventana una lucecita, que se apagó enseguida.Dejuroquemeapureallegar,cuandomedicuenta. Entonces, Borges, volví a sacar el cuchillo corto y filoso que yo sabía cargar aquí, en el chaleco, junto al sobaco izquierdo, y le pegué otra revisada despacio, y estaba como nuevo, inocente, y no quedaba ni un rastrito de sangre.

# FIN